

cas; pero de éstos no todos perseveraron en la fé, por no estar íntimamente persuadidos de la verdad del cristianismo.

ABATIMIENTO DE ALGUNOS ESPAÑOLES.

Ya estaba Cortés fuera del peligro á que habia expuesto su vida el golpe que habia recibido en la última accion, y algunos españoles habian curado de sus heridas con la ayuda de los cirujanos tlaxcaltecas. Durante su enfermedad, Cortés no habia pensado sino en los medios de conseguir la grande empresa de la conquista de México, y para esto habia mandado cortar una gran cantidad de madera, con el objeto de construir trece bergantines; pero miéntras formaba estos vastos proyectos, muchos de sus soldados trazaban designios harto diferentes. Veíanse disminuidos, pobres, estropeados, desprovistos de armas y caballos. No podían olvidar el terrible conflicto de la trágica noche del 1.º de Julio, ni querían exponerse á semejantes calamidades. Comunicábanse mutuamente sus temores y censuraban la obstinacion de su general en una empresa tan temeraria. De las murmuraciones privadas pasaron á presentarle una súplica legal, queriendo obligarlo con muchas razones á volver á Veracruz, donde podrian tener socorros de tropas y municiones para emprender con mayores fuerzas la conquista, que entónces juzgaban imposible. Turbóse Cortés con esta novedad, que frustraba totalmente sus designios; pero valiéndose del talento que poseia para persuadir cuanto quería á sus soldados, les habló con tanta energía, que los indujo á desistir de su pretension. Echóles en cara su miedo; despertó en sus almas los sentimientos de honor; hizoles un cuadro lisonjero de sus hechos gloriosos y de las protestas llenas de ardor y de intrepidez que tantas veces le habian hecho ellos mismos; manifestóles cuánto más peligroso era el regreso á Veracruz que la permanencia en Tlaxcala; aseguróles la fidelidad de aquella república, de la cual dudaban; finalmente, les rogó que suspendiesen su resolucion hasta ver el éxito de la guerra que pensaba hacer contra la provincia de Tepeyacac, en la que esperaba tener nuevos testimonios de la sinceridad de los Tlaxcaltecas.

GUERRAS DE TEPEYACAC, DE CUAUHQUECHOLLAN, DE ITZOCAN, DE TALATZINCO, DE TECAMACHALCO Y DE TOCHTEPEC.

Los señores de la provincia de Tepeyacac, confinante con la república de Tlaxcala, se habian declarado amigos de Cortés y súbditos del rey de España, desde el horrendo destrozo que los españoles hicieron en Cholula; pero viéndolos despues abatidos, y victoriosos á los Mexicanos, volvieron á someterse á éstos, y para granjearse la voluntad de su rey, dieron muerte á algunos españoles que, ignorando la tragedia de sus compatriotas, iban de Veracruz á la capital: admitieron guarniciones mexicanas en sus pueblos, ocuparon el camino de Veracruz á Tlaxcala, y entraron varias veces á mano armada en las tierras de aquella república. Decidió Cortés hacerles la guerra, no ménos para castigar su perfidia que para asegurar el camino por el cual debian llegarle los socorros que aguardaba. Incitábalo tambien á aquella expedicion el jóven Xicotencatl, que por mediacion del mismo general español habia sido puesto en libertad, y que, para borrar todas las sospechas que podia inspirar su conducta, despues de lo ocurrido en el senado, ofreció ayudarlo en aquella guerra con un ejército numeroso. Cortés aceptó la oferta; mas ántes de tomar las armas, exi-

gió amigablemente alguna satisfaccion de los Tepeyaqueses y los exhortó á dejar el partido de los Mexicanos, prometiendo perdonarles el asesinato de los españoles. Pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó contra aquella provincia con cuatrocientos veinte españoles y con seis mil flecheros tlaxcaltecas, en tanto que Xicotencatl reunia un ejército de cincuenta mil hombres. En Tzimpantzinco, ciudad de Tlaxcala, se le agregaron tantas fuerzas de aquella república, de Huexotzinco y de Cholula, que se cree no bajaban de ciento cincuenta mil hombres.

La primera expedicion fué contra Zacatepec, pueblo de la confederacion de los Tepeyaqueses. Sus habitantes hicieron una emboscada contra los españoles: el combate fué sostenido con tenacidad por una y otra parte; pero fueron vencidos los Zacatepequeses, quedando muchos de ellos muertos en el campo.¹ De allí marchó el ejército contra Acatzinco, ciudad distante diez millas de Tepeyacac, hácia Levante, y en ella entraron triunfantes los españoles, despues de haber ganado otra accion, poco ménos ardua que la de Zacatepec. De Acatzinco mandó Cortés muchos destacamentos á quemar unos pueblos de los alrededores, á someter otros á su obediencia, y cuando le pareció ser tiempo de atacar la ciudad principal, se encaminó con todo su ejército á Tepeyacac, donde entró sin ninguna resistencia de los habitantes. Allí declaró esclavos á muchos prisioneros hechos en aquella provincia, y los hizo marcar con un hierro ardiendo, segun la bárbara costumbre de aquel siglo, aplicando la quinta parte al rey de España, como se hacia con todo lo que tomaban, dividiendo el resto entre los españoles y los aliados. Allí fundó, segun el modo de hablar de aquel tiempo, una ciudad que llamó *Segura de la Frontera*, cuyo acto se redujo á establecer magistrados españoles y erigir una pequeña fortificacion.²

Las tropas mexicanas que estaban de guarnicion en aquella provincia, se retiraron de ella por no tener bastantes fuerzas para resistir á sus enemigos; pero al mismo tiempo se dejó ver sobre la ciudad de Cuauhquechollan,³ distante de la de Tepeyacac más de cuarenta millas, un ejército mexicano mandado por el rey Cuiclahuatzin, para impedir á los españoles el paso á la capital por aquella parte, en caso de que lo intentasen. Era Cuauhquechollan una ciudad considerable, cuya poblacion subia de cinco á seis mil familias, muy amena y no ménos fortificada por la naturaleza que por el arte. Defendianla, por un lado, un monte alto y escabroso, y por otro, dos rios poco distantes entre sí. Toda la ciudad estaba circundada de un fuerte muro de cal y canto, de veinte piés de alto y de doce de grueso, con un buen parapeto que la coronaba en su extension y que tenia cerca de tres piés de altura. No se podía entrar en ella sino por cuatro puertas, situadas en los puntos en que se doblan las extremidades del muro, formando dos semicírculos concéntricos, como se ha representado en la estampa del libro VII. Aumentaba la dificultad del ingreso, la elevacion del piso de lo interior, que era tanta cuanta la altura del muro, de modo que para entrar era forzoso subir algunos escalones bastante altos.

¹ Muchos historiadores dicen que la noche siguiente á la batalla de Zacatepec, tuvieron los aliados de los españoles una gran cena de carne humana, parte asada en un número increíble de asadores de madera, parte cocida en cincuenta mil ollas; pero esto me parece una fábula. No es probable que pasasen por alto aquel suceso ni Cortés, ni Bernal Diaz, el cual es demasiado prolijo y enojoso en este género de atrocidades.

² Aun subsiste la ciudad de Tepeyacac, ó Tepeaca; pero el nombre de Segura de la Frontera fué muy en breve puesto en olvido. Carlos V le dió el título y honores de ciudad en 1545. Hoy pertenece al marquesado del Valle.

³ Los españoles llaman á Cuauhquechollan, *Guaquechula* ó Huacachula. Hoy es un amenísimo pueblo de indios, abundante en excelente fruta.

El señor de aquella ciudad, que era el parcial de los españoles, envió una embajada á Cortés declarándose vasallo del rey de España, reconocido ya señor de aquella tierra en la solemne reunion que celebró el rey Moteuczoma con la nobleza mexicana en presencia de Cortés; que él deseaba dar pruebas de su fidelidad, pero que no se lo permitían los Mexicanos; que á la sazón había en aquella ciudad y en los pueblos circunvecinos, gran número de oficiales de aquella nación y hasta treinta mil soldados, para impedir toda confederación con los españoles; que por tanto, le rogaba viniese á socorrerlo y á libertarlo de las vejaciones que de aquellas tropas sufría. Agradeció Cortés el aviso y envió inmediatamente con los mensajeros un socorro de trece caballos, de doscientos peones españoles y de treinta mil hombres de las huestes auxiliares, al mando del capitán Olid. Los mensajeros, por orden de su señor, se ofrecieron á conducir el ejército por un camino poco frecuentado, y avisaron al comandante Olid que cuando se acercase á la ciudad, los habitantes atacarían á mano armada los alojamientos de los oficiales mexicanos y procurarían tomarlos ó matarlos, á fin de que entrando después los españoles, fuese más fácil vencer á los enemigos, privados ya de sus jefes. Pero doce millas antes de llegar á Cuauquechollan, el comandante español entró en sospechas de que los Huexotzingos se hubiesen confederado secretamente con los Cuauquecholeses y con los Mexicanos para destruir á los españoles. Estos recelos, fundados en siniestros informes y que después se hicieron más verosímiles, por el gran número de Huexotzingos que se agregaron espontáneamente al ejército, lo obligaron á volver á Cholula, donde mandó prender á los Huexotzingos de más autoridad y á los mensajeros de Cuauquechollan, y los mandó con buena escolta á Cortés para que hiciese las averiguaciones necesarias.

Mucho desaprobó Cortés aquella conducta contra unos amigos tan fieles como los Huexotzingos: sin embargo, los examinó diligentemente, descubrió la inocencia y la buena fé de unos y otros, y no conoció que las desgracias pasadas habían hecho medrosos á los españoles, y el miedo, como suele, los inducía á formar sospechas injustas y precipitadas. Acarició y regaló cuanto pudo á los Huexotzingos y Cuauquecholeses, y acompañado por ellos, marchó inmediatamente para Cholula, con cien peones españoles y diez caballos, determinado á dirigir personalmente aquella empresa.¹ Halló á las tropas de Olid amedrentadas; por lo que, les inspiró valor y siguió la marcha á Cuauquechollan, con todo el ejército, que á la sazón constaba de más de trescientos españoles y de más de cien mil aliados: tanta era la prontitud de aquellos pueblos en armarse contra los Mexicanos para sustraerse á su dominio. Antes de llegar á Cuauquechollan, le avisó aquel señor que ya estaban tomadas todas las medidas: que los Mexicanos confiaban en los centinelas que habían puesto en los caminos y en las torres; pero que los ciudadanos se habían apoderado en secreto de ellas.

Apénas vieron los de la ciudad el ejército que venía á su socorro, asaltaron con tanta violencia los alojamientos de los Mexicanos, que antes de entrar Cortés, le presentaron cuarenta prisioneros. Cuando entró aquel general, atacaban tres mil ciudadanos el cuartel principal de aquellos oficiales, que aunque muy inferiores en número, se defendieron con tanto brío, que los Cuauque-

¹ Bernal Diaz niega que Cortés se hallase en persona en estas expediciones; pero el mismo Cortés lo asegura y habla de tal modo de las dos ciudades, que aunque no lo dijese, deberíamos inferir que intervino en la guerra. Bernal Diaz escribió cuarenta años después del suceso y pudo padecer alguna falta de memoria. Cortés escribió su segunda carta á Carlos V, en la que habla de aquella campaña, pocos días después de ella.

choleses no pudieron entrar en la casa, á pesar de haberse hecho dueños de las azoteas. Cortés la tomó por asalto; pero en despecho de sus conatos para hacer algun prisionero que lo informase del estado actual de la corte, no lo pudo conseguir, pues ellos pelearon con tanto tesón, que todos murieron y solo de un oficial moribundo se pudieron sacar algunas noticias. Los otros Mexicanos esparcidos por la ciudad, huyeron precipitadamente á incorporarse con el grueso del ejército, acampado en una elevación que dominaba todos los contornos, el cual se puso en un momento en orden de batalla y entró en la ciudad, pegando fuego á las casas. Cortés afirma que no había visto jamás tropas de más bello aspecto, por las alhajas de oro y los penachos que en ella lucían. Los españoles corrieron á la defensa con su caballería y con muchos millares de aliados, y obligaron á los enemigos á huir á una posición alta y escabrosa; pero viéndose todavía perseguidos en ella, se recobraron en un monte elevadísimo, dejando muchos muertos en el campo. Los vencedores, después de haber saqueado el de los enemigos, volvieron á la ciudad llenos de gloria y cargados de despojos.

Tres días descansó el ejército y al cuarto pasó á Itzocan, llamada por los españoles Izúcar, ciudad de tres ó cuatro mil familias, situada á la falda de un monte, á cerca de diez millas de Cuauquechollan, rodeada de un río profundo y de una pequeña muralla. Sus calles eran bien ordenadas, y tantos sus templos, que entre grandes y pequeños contó Cortés hasta ciento: su clima es cálido, por estar en un valle profundo, encerrado entre altas montañas, y el terreno, como el de Cuauquechollan, fertilísimo y sombreado por árboles de hermosas flores y excelentes frutos. Mandaba en aquel país un personaje de la sangre real de México, á quien Moteuczoma lo había dado en feudo, después de haber mandado dar muerte, no sé por qué motivo, al legítimo señor que lo poseía. A la sazón tenía una guarnición de cinco ó seis mil hombres de tropas mexicanas. Todos estos datos, comunicados por el señor de Cuauquechollan á Cortés, lo movieron á emprender aquella expedición. Hallándose con un ejército, según él mismo afirma, de cerca de ciento veinte mil hombres, dió el asalto á la ciudad por la parte que le pareció menos difícil. Los Itzocaneses, ayudados por las tropas reales, hicieron al principio alguna resistencia; pero vencidos por fuerzas tan superiores, se desbarataron y huyeron por la parte opuesta á la del ataque, pasando el río y alzando los puentes, á fin de no ser perseguidos por sus contrarios. Los españoles y los aliados, en despecho de las dificultades que hallaron para vadear el río, los siguieron por más de cuatro millas, matando á unos, haciendo prisioneros á otros y aterrando á todos con su furor y violencia. Vuelto Cortés á la ciudad, mandó pegar fuego á todos los santuarios, y por medio de algunos prisioneros llamó á los habitantes, que estaban esparcidos en los montes, dándoles salvoconducto para que volviesen sin temor á sus casas.

El señor de Itzocan se había ausentado de la ciudad y puesto en camino para México, cuando se descubrió el ejército contrario. Esto bastó á la nobleza, que quizás no le era muy afecta, para declarar el Estado vacante: por lo que, con aprobación y bajo el amparo de Cortés, convinieron en darlo á un príncipe, hijo del señor de Cuauquechollan y de una señora hija del antiguo poseedor, condenado á muerte por Moteuczoma, y por ser de tierna edad, se le nombraron por tutores á su padre, á su tío y á dos nobles. Aquel mancebo fué muy en breve instruido en la religión cristiana y bautizado.

La fama de las victorias de los españoles voló inmediatamente por aquellos

países y atrajo muchos pueblos á la obediencia del rey de España. Además de Cuauhquechollan, Itzocan y Ocopetlayocan, gran ciudad, poco distante de aquellas dos,¹ vinieron á tributar homenaje á la corona de Castilla, los señores de ocho pueblos de Coaixtlahuacan,² parte de la vasta provincia de Mixtecpán, distante más de ciento veinte millas de Cuauhquechollan, solicitando todos á porfía la amistad de aquellos hombres invencibles.

Cortés volvió á Tepeyacac, y por medio de sus capitanes hizo la guerra á varias ciudades que habían cometido hostilidades contra los españoles. Los habitantes de Xalatzinco, ciudad poco distante del camino de Veracruz, fueron vencidos por el famoso Sandoval, y los principales de entre ellos conducidos prisioneros á Cortés, el cual, viéndolos arrepentidos y humillados, los puso en libertad. Los de Tecamachalco, ciudad considerable de la nación Popoloca, hicieron una vigorosa resistencia; mas al fin se rindieron, y dos mil de ellos fueron hechos esclavos. Contra Tochtepec, ciudad grande, á orillas del río de Papaloapan, donde había guarnición mexicana, envió al capitán Salcedo, con ochenta españoles, de los cuales no quedó uno vivo para traer la noticia á Cortés. Mucho sintió esta pérdida, que en efecto era muy grande, atendido el pequeño número de gente propia que le quedaba. Para vengarla, envió á los dos valientes capitanes Ordaz y Avila, con algunos caballos y veinte mil aliados, los cuales, á pesar del valor con que los Mexicanos se defendieron, tomaron la ciudad y mataron muchos enemigos.

No fué la pérdida de aquellos soldados la que más amargó á Cortés: los mismos que poco ántes le habían suplicado que regresase á Veracruz, persistieron tan obstinadamente en su demanda, que se vió obligado á concederles permiso de volver, no ya á Veracruz, para aguardar allí nuevos refuerzos, sino á Cuba, para estar más lejos de los peligros de la guerra, pareciéndole ménos malo disminuir sus tropas que tener consigo malcontentos, que con su disgusto enfriasen el valor de los otros; pero esta pérdida fué pronta y ventajosamente reparada con un buen número de soldados, que con caballos, armas y municiones llegaron al puerto de Veracruz, enviados los unos por el gobernador de Cuba en socorro de Narvaez y los otros por el gobernador de la Jamaica para la expedición de Pánuco. Todos se agregaron gustosos al partido de Cortés, mudándose en instrumentos de felicidad los mismos recursos que sus enemigos empleaban para su ruina.

ESTRAGOS DE LAS VIRUELAS.—SUCESOS EN MÉXICO.

Las victorias de los españoles y la muchedumbre de sus aliados engrandecieron de tal modo su nombre y granjearon tanta preponderancia á Cortés, que era el árbitro de los destinos de aquellos pueblos, y á él, como á supremo señor

¹ Ocopetlayocan es llamado por Cortés *Ocupatuyo*, por causa de la ignorancia de la lengua, y el autor de las notas á sus Cartas creyó que fuese Ocuituco; mas este pueblo no estaba tan cerca de Cuauhquechollan, como, según Cortés, estaba Ocupatuyo. Torquemada, aunque exacto en los nombres, lo llama *Acapellayocan* y *Acapellahuacan*.

² Coaixtlahuacan es llamada por Cortés *Coastoaca*, y dice que está cerca de Tamazola, á donde pocos meses ántes había enviado unos españoles á buscar minas. El autor de dichas notas dice que Tamazola está en Cinaloa; mas este es uno de los grandes despropósitos que se hallan en aquella obra. El mismo Cortés asegura que Tamazola distaba 40 leguas de Itzocan, y Cinaloa dista más de 400. Tampoco habla Cortés de Huaxyacac, ú Oaxaca, donde dice Coastoaca, como pretende aquel escritor, sino de Coaixtlahuaca, llamada por los españoles *Jusitahuaca*.

de aquella tierra, se dirigian para obtener la confirmacion de la investidura de los Estados vacantes, como sucedió con los de Cholula y de Ocotelolco en Tlaxcala, que vacaron de resultas de las muertes ocasionadas por las viruelas. Este azote del género humano, desconocido enteramente hasta entónces en el Nuevo-Mundo, fué llevado á él por un negro esclavo de Narvaez. Este lo comunicó á los Cempoaltecas y de éstos se propagó el contagio por todo el imperio mexicano, con indecible daño de aquellas naciones. Los que por ser dotados de una fuerte complexion resistieron á la violencia del mal, quedaron tan desfigurados por las profundas huellas de la erupcion, que causaban horror á cuantos los miraban. Entre los otros males ocasionados por tan terrible enfermedad, fué muy sensible á los Mexicanos la muerte de su rey Cuitlahuatzin, despues de tres ó cuatro meses de reinado, y á los Tlaxcaltecas y españoles la del príncipe Maxixcatzin.

Los Mexicanos dieron la corona á Cuauhtemotzin, sobrino de Cuitlahuatzin, por no quedar ya ningun hermano de los dos últimos reyes. Era jóven de veinticinco años, de ánimo intrépido, y aunque por su corta edad no muy práctico en la guerra, continuó las disposiciones militares de su predecesor. Casóse con su prima Tecuichpotzin, hija de Moteuczoma y viuda de su tío Cuitlahuatzin.

Cortés lloró la pérdida de Maxixcatzin, tanto por la amistad que con él había estrechado, cuanto por haber sido aquel personaje el que más había influido en la armonía que hasta entónces había reinado entre españoles y Tlaxcaltecas. Por tanto, despues de haber asegurado el camino de Veracruz y de haber mandado á la corte de España al capitán Ordaz, con una relacion exacta dirigida al emperador Carlos V, de cuanto hasta entónces le había ocurrido, y al capitán Avila á la isla de Santo Domingo solicitando nuevos socorros para la conquista de México, salió de Tepeyacac para Tlaxcala, y entró allí vestido de luto y haciendo grandes demostraciones de dolor, por la muerte del príncipe su amigo. Confirió, á petición de los mismos Tlaxcaltecas y á nombre del rey Católico, el Estado vacante de Ocotelolco, uno de los cuatro principales de aquella república, á un hijo del difunto príncipe, mancebo de doce años, que en el bautismo tomó el nombre de D. Juan Maxixcatzin,¹ siendo desde entónces el nombre del padre apellido del hijo y de toda su ilustre descendencia, y para honrarlo de un modo particular, en atencion á los méritos de su padre, lo armó caballero al uso de Castilla.

EXALTACION DEL PRINCIPE COANACOTZIN Y MUERTE DE CUICUITZCATZIN.

En aquel mismo tiempo, aunque por muy distinta causa, ocurrió la muerte del príncipe Cuicuitzcatzin, á quien Moteuczoma y Cortés habían puesto en el trono de Acolhuacan, en lugar de su desventurado hermano Cacamatzin. No le fué dado gozar largo tiempo de su postiza dignidad, pues muy en breve lo privó de la libertad el mismo que le había dado la corona. Salió de México con los otros prisioneros, en la noche de la derrota de los españoles; mas entónces tuvo la fortuna, ó más bien la desgracia, de salvar la vida que debía perder despues de un modo ignominioso. Acompañó á los españoles hasta Tlaxcala, donde permaneció hasta que, ó impaciente de la opresion, ó deseoso de recobrar el

¹ Solís dice que se llamaba Lorenzo; mas este fué el nombre del padre: el hijo se llamó Juan, como dice Torquemada, que lo supo por los mismos Tlaxcaltecas.

trono, se huyó secretamente á Texcoco. Reinaba á la sazón en aquella corte su hermano Coanacotzin, á quien por muerte de Cacamatzin tocaba por ley del reino la corona. Apenas se presentó Cuicuitzcatzin, cuando fué preso por los ministros reales, que dieron cuenta inmediatamente al rey, el cual se hallaba en México. Este lo hizo saber á su primo Cuauhtemotzin, el cual, creyendo que el príncipe fugitivo era espía de los españoles, fué de opinion que se le diese muerte. Coanacotzin, ó por complacer á aquel monarca, ó más bien por deshacerse de un rival peligroso, mandó ejecutar sin tardanza aquel designio. Así terminó su vida aquel desventurado, cuya elevacion solo sirvió para hacer más estrepitosa su caída.¹

¹ No hay un historiador español, excepto Cortés, que haga mencion de la fuga, de la prision y de la muerte de Cuicuitzcatzin. Gomara solo habla de su muerte, y lo llama *Cocuzca*; Herrera, *Quisquizca*, y Cortés, *Cucacasin*. Añade que se llamaba tambien *Ipalsuchil*, esto es, *Icpalxochitl*.



CAPITULO ALFONSO